

# MONITOR DEL COMERCIO

PERIODICO SEMANAL DE ANUNCIOS Y NOTICIAS MERCANTILES Y LITERARIAS.

Lo publica el Establecimiento de D. Francisco de P. Mellado.—Calle de Sta. Teresa, núm. 8.—Madrid.

PRECIO DE SUSCRICION: 8 rs. por trimestre en Madrid y 10 en provincia.—PRECIO DE LOS ANUNCIOS: 50 céntimos por línea de cuarenta letras.—SE SUSCRIBE y se reciben los anuncios, en Madrid en el despacho del Establecimiento y en las librerías de Durán, Baylli-Bailliere, Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, Villaverde, Lopez, Guijarro, Hernando, de la Publicidad y Americana. En provincia por conducto de los corresponsales ó enviando el importe en letra ó sellos de franqueo.

## MALEMORT.

### NOVELA.

El viento de otoño sopla lúgubremente por entre las medio desnudas ramas de los achaparrados robles de la miserable Sologna; á su paso agitaba la mustia superficie de los pálidos aguazales que han formado un lecho en aquel arcilloso terreno, encharcándolo sobremanera, y á ráfagas descargaba el fuerte chaparrón sobre los caminos ya inundados, que sin marcar dirección fija y con profundos surcos de ruedas ensanchándose cada día, se van apoderando de los terrenos vecinos, sin escitar nunca la menor reclamación por parte de los ribereños; porque aquella tierra, reputada de muy mala clase, no puede bastar para atender á las costas de un pleito.

Un viajero, atascado en este maldecido país, renegaba á cada instante, ya tropezando contra el tronco de un árbol partido á nivel del terreno, ya metiéndose hasta los tobillos en hondos lodazales. Al acercarse la noche, el cielo de color plomoso oscuro no le permitía ver á la distancia de veinte pasos, y la lluvia rociándole los ojos y entorpeciendo su empapado vestido, le hacia cada vez el andar mas penoso.

—¡Ah! dije para mí (porque este viajero era yo mismo), no volverán á cogerme guiñadome por el itinerario de un amigo británico: itinerario ilustrado con datos poco corteses, que muy difícilmente se obtienen de los indigenas de estos países salvajes. Pero hace ya dos horas que estoy chapoteando en este horrible fangal, sin haber adelantado, que yo sepa, cosa alguna. Estos pretendidos caminos reales se asemejan á las landas desiertas que no tienen principio ni fin. Para colmo de desdicha la noche oscurecía cada vez mas, y yo me encontré en medio de una encrucijada, por donde cruzaban como una docena de caminos. ¿Cuál habia yo de tomar? El que guía á la posesión de Malemort. ¡Nombre, por cierto de feliz presagio! Me parece que él ha sido el que ha infundido miedo al chico rústico y andrajoso, á quien mis ruegos y los cuartos que le di, habian inclinado á acompañarme; porque apenas pronuncie aquel siniestro nombre, cuando el picaruelo echó á huir á todo escape. La invitación de este flemático Arturo, es una verdadera asechanza. Vamos á repasar sus indicaciones.

—«Así que vd. se vea en el parage donde no hay árboles, volverá hacia la derecha, caminando siempre al frente.»

—Justamente esto mismo es lo que estoy haciendo desde hace hora y media.

—«Hallará vd. una encrucijada y tomará por la izquierda.»

—¿Por la izquierda de qué?

Claro está, del camino que hasta ahora he seguido. «Muy en breve descubrirá vd. la casa, que tiene la figura de un cuadrilongo á la manera de un sepulcro, flanqueado por dos torrecillas que forman su baluarte; colocado vd. allí, le será fácil encaminarse á la posesión.»

—Si por cierto, muy fácil con el auxilio del sol y del buen tiempo que no tengo y que, segun me parece, no suelen visitar con frecuencia este dichoso país. De positivo no escogería yo la Sologna, para tener vida campestre: ¡vaya un parage ameno y recreativo! Pero, ¡alabado sea Dios! que allá abajo descubri entre la niebla una luz, y ya sea cabaña ó castillo, me voy á él y pasaré allí la noche, aunque caiga en poder de una partida de bandoleros.

En proporción que me iba yo acercando, veía con mayor claridad la luz, procedente de una torrecilla medio gótica, medio moderna, que sobresalía en el ángulo de un estenso edificio negro.

—Al cabo, dije para mí estregándome las manos, ya llevo al término de mi viaje. Segun la grata descripción que Arturo me ha hecho, esta finca debe ser la Malemort. Al fin voy á verme rodeado de sem-

blantes amables y risueños. Una buena acogida, la buena lumbré, la buena cama, y sobre todo la comida suculenta, restablecen de muchas fatigas. Ya me parece que estoy oyendo la sencilla risa de la graciosa y linda Emma, y que al referir yo mis aventuras trágico-cómicas, veo brillar los suaves ojos de Isabel, la hermana mayor. Si el padre y el hermano son algo adustos, las jóvenes hijas son encantadoras. Ciertamente no habré comprado en extremo caro el placer de llegar... con tal que llegue. Parecíame que entre mí y el castillo veía reverberar agua. Nada le falta á esta mansión feudal, me dije, ni aun los fosos; mas al menos confío que no hallaré alzado en puente levadizo.

Después de haber costado precavidamente la orilla del agua, llegué á un estrecho puente de piedra, que me encaminó á una especie de puerta falsa oculta en el espesor del muro. Busqué á tientas el aldabon y estuve llamando repetidas veces. El eco resonaba en el espacio, pero nadie acudía. La lluvia continuaba cayendo, y volví á llamar, aunque sin mejor éxito. Últimamente, después de un cuarto de hora se movió la luz de la torrecilla, y por el otro lado de la puerta falsa una voz ronca estuvo refunfuñando:

—¿Quién llama tan fuerte? ¿Quién puede venir á esta hora y con semejante tiempo?

—Abra vd., que luego entraremos en discusiones.

—Yo no abro á un cualquiera. Para pasar la noche, no tiene vd. mas remedio que ir hasta el pueblo de la Ferté, distante de aquí como una hora de camino.

Una enérgica protesta por parte mía hizo aparecer al cabo á otro individuo, que desde una de las altas ventanas del castillo dijo con puro acento británico:

—Me parece que es la voz de mi amigo Daniel. Abra vd. pronto, Brígida, y hágale entrar.

Pero Brígida, estimulada por ese espíritu de hostilidad que existe entre las criadas antiguas y los amos jóvenes, se fué hacia la cocina á buscar las llaves, volvió después lo mas despacio que pudo y estuvo con sumo cuidado quitando uno á uno los barrotes y cerrojos que aseguraban la fortaleza. Arturo, al verme lleno de agua y lodo, se empeñó en que en seguida fuese yo al cuarto que me estaba destinado. Era este una espaciosa habitación pintada de verde oscuro, con una cama colgada también de verde; dos ó tres sillones y tres ó cuatro sillas de tapicería verde, á cual mas apolilladas y llenas de polvo, estaban esparcidas por aquel desierto. Formaba todo un conjunto triste, desamparado, glacial hasta poder dar calofrío, pero Arturo se escusó con que no me aguardaba y habia creído que tenia yo renunciado visitar aquella deliciosa quinta. (¡Ojalá hubiese yo tenido tan feliz inspiración!) Los muebles que debían enviarse de París no habian llegado, etc. Invitada la vieja Brígida á que encendiera lumbré para secarme, lo ejecutó con tal eficacia, que tiritando de frío tuve que ponerme el pantalón de verano muy corto y la levita demasiado estrecha que mi amigo me prestaba liberalmente; mas no bien habia acabado de improvisar este nuevo traje, cuando un descomunal humo de leña verde, me atacó á la garganta y á los ojos, haciéndome ir al salón. A este debían haberse refugiado la alegría, la vida, la juventud que faltaban en los demás puntos del castillo. Pero sin embargo, ninguna voz, ninguna risa animada y fresca me anunciaba una alegre bienvenida. Empujé una de las hojas de la pesada puerta y en la otra estremidad de la sala vi sentado junto á una triste lumbré de carbon de piedra á mi amigo Arturo, con el codo apoyado en un velador macizo y la mano puesta en la mejilla. Parecía hallarse absorto con alguna fatal preocupación. No me sintió entrar, y cuando después de llegar yo junto á él, le hablé, se sobresaltó, levantándose y me dijo:

—Estrañará vd verme solo, pero ayer han marchado mi padre y mis hermanas á Suiza, desde donde probablemente pasarán á Italia, en cuyo punto muy

en breve me reuniré con ellos. Procuraré complacerlo á vd. todo lo posible; pues es verdadera dicha para mí que haya vd. venido á acompañarme en mi soledad. Pero no dejemos enfriar el té, que con este tiempo húmedo necesitará vd. calentarse el estómago.

Me estaba yo muriendo de hambre; contra toda mi voluntad me habí el insipido breverage chino y no tomé sino un bocado de dos rebanaditas con manteca, que trajo la anciana Brígida. Supuso mi amigo que yo habia comido en Orleans, donde de prisa únicamente tomé un bocado; pero no me atreví á desengañarlo. Concluido nuestro frugal refrigerio le dije:

—Le rogaria á vd. me explicara la causa de este repentino trastorno en sus proyectos. Hace un mes tenia vd. hecho ánimo de estar en Malemort hasta entrado el invierno, salir de cacería el otoño y celebrar las fiestas de Navidad, segun la antigua tradicion de su país. Creí yo encontrar aquí una de esas alegres reuniones de familia, de que vd. me ha hablado: me imaginé ver aquí una maestra de la cómoda vida que en los castillos se pasa en Inglaterra. ¿Cómo es que la casa está desierta? ¿Le ha acaecido á vd. alguna desgracia? ¿Qué es lo que ha influido para arrancar de aquí á su padre y á sus encantadoras hermanas?

Durante varios segundos estuvo Arturo callado, como si le hubiera sido penoso el contestarme. Ya me estaba yo arrepintiéndome de mi indiscreción, cuando se decidió al cabo á hablarme.

—La causa de esta repentina marcha, me dijo, es á un tiempo tan estraña y tan lamentable, que mejor desearia no hablar acerca de ella; mas preguntándomele vd., mi querido Daniel, no le ocultaré nada, y aun acaso me ayudará á aclarar lo que hay de misterioso en lo que nos está aconteciendo. Cuando nos establecimos aquí hace dos meses, Isabel y Emma estaban como vd. las conocí en París, alegres, risueñas, amables, formando la dicha de mi padre y la alegría de nuestra casa. Transcurridas apenas seis semanas, todo habia cambiado. Emma se puso triste y pensativa, é Isabel que se sostuvo por mas tiempo, acabó por entregarse á una especie de languidez. Sorprendidas con los ojos anegados en lágrimas, sin poderles arrancar el secreto de aquella repentina tristeza. Preguntóles tambien mi padre; pero no consiguió mas que yo. Segun decian, no tenían pesar alguno, y sin embargo, se ponian descoloridas y flacas, desmejorándose diariamente. Una noche desperté sobresaltado con lamentables gritos, en que percibí la voz de Emma; fui corriendo á su cuarto, poco distante del mio, y me la encontré padeciendo un violento ataque de nervios. Estaba forcejeando entre los brazos de Isabel, quien le daba á respirar sales. La pobre chica tenia contraída la fisonomía, cerrados los dientes y los ojos asustadizos. Así que pudo hablar, me señaló hacia la ventana medio abierta, diciendo:

—Por ahí es por donde entró y por ahí ha salido. Como vd. puede suponer, instintivamente y sin reflexionar fui corriendo hacia la ventana. No habia allí ni escala, ni cuerdas, ni vestigios de que hubiese pasado nadie; además, de que estando elevada mas de sesenta pies sobre fosos llenos de agua, no era posible el subir á ella. ¿De quién ó de qué se trataba? Isabel me confesó llorosa lo que Emma le habia confiado. Como á los quince dias de llegar á ésta, habia ella visto una noche salir de los pies de su cama una fantasma, que acercándosele poco á poco la estrechó entre sus brazos y la sobrecogió con su aliento, profiriéndole al oído el nombre de nuestra infeliz madre, que hace unos tres años falleció de una enfermedad de pecho. Esta aparición se habia renovado á épocas fijas, repitiendo siempre, cual eco fúnebre, la misma palabra. Emma veía en esto un llamamiento, una cita que la muerte le hacia. Mas lo terrible del caso es, añadió Arturo, limpiándose un sudor frío que le corría por la frente, que Isabel, tan formal y tan juiciosa, ha llegado á participar de aquella cruel convicción; porque deseosa de tranquilizar á la hermana, quiso acostarse junto á ella y aquella noche vió la fantasma, la cual la cogió con sus huesudos brazos, y sintió que el mortal aliento de ésta entraba en su pe-



cho y hacia estremecer todos sus miembros. Consumidas por el terror y por una fiebre lenta, se hubieran dejado morir por no dar aflicción á mi padre ni despertar la pena que le había ocasionado la pérdida de nuestra excelente madre. Pero cuando les reconvine porque no hubiesen acudido á mí, me contestaron que nada podría yo contra una fantasma, y que ningún esfuerzo humano lograría alzar el fallo pronunciado contra ellas.

—Mas todo eso es un absurdo, dije. ¿Está vd. seguro de que nadie tiene interés en excitar tales miedos? Aun admitiendo que semejantes alucinaciones sean efecto de la fiebre, de lo cual hay frecuentes ejemplos, algo debe, no obstante, haber obrado sobre esas imaginaciones frescas para predisponerlas á aquel estado nervioso.

—Por mas que he estado indagando y he cavilado, estoy seguro de que nadie de dentro ni de fuera de casa se hubiera atrevido á meterse en tan peligrosa broma, que le habría costado la vida; porque yo estaba muy resuelto á tirarle un tiro á la fantasma, si la hubiera divisado. Respecto á las causas morales, ya es diferente: mi padre ha estado muy preocupado, temiendo fuese hereditaria la enfermedad de pecho, que se llevó á mi madre. Este fué el motivo de nuestra residencia en Francia, y aun cuando acerca de ello escusaba hablar ante mis hermanas, estas han podido sentir sus inquietudes y afectarse con ellas. Por último, antiguas disensiones de familia, referentes á este castillo de Malemort, y los temores superficiales por ellas ocasionados eran positivamente aptos para ejercer perniciosa influencia sobre imaginaciones delicadas.

—Me permite vd., mi querido Arturo, que le pida algunos pormenores acerca de aquellas disensiones? Ya comprenderá vd. que no es una ociosa curiosidad la que me mueve á preguntarle.

—Lo comprendo.

Llamó Arturo á la anciana Brígida, la cual recogió el servicio del té, y poniendo carbon en la lumbre, nos dejó solos. El frío y la oscuridad de la noche invadían el salon, al que sus grandes tablonos de roble esculpidos y puestos negros á fuerza de tiempo, imposibilitaban de tenerlo claro.

La lámpara y las bugías, encendidas sobre la campana de la espaciosa chimenea, eran como otros tantos puntos rojos diseminados por aquella opaca atmósfera, y á su incierta claridad difícilmente podía yo distinguir la fisonomía de mi amigo, que cada vez se estaba poniendo mas serio.

—Vd. conoce, me dice, las leyes inglesas; vd. sabe cuáles son los privilegios que ellas conceden al hijo mayor, al heredero del título y de los bienes patrimoniales. Entre éste y sus hermanos media toda la distancia que en el orden social separa al rico del pobre. El primogénito tiene honores, posesiones, los goce todos de la vida; y los demás, la lucha, las privaciones, en una palabra, todo lo que necesita un esfuerzo y trabajo para abrirse camino. Esta desigualdad resaltaba sobremanera en la familia de mi bisabuelo, á causa de la excesiva predilección que por el hijo mayor tenía. Siempre era sacrificado el hermano menor, el cual violento é irritado, protestaba á su modo contra la injusticia, y al abandonarlo todo por orden del padre, aun el codiciado juguete, acompañaba la concesión de un puñetazo que le daba á Roberto, el que, lastimado y lloroso, acudía á la madre quejándose del pícaro Jaime. Renovadas diariamente estas contiendas, dieron lugar á la marcha del hermano menor. Enviáronlo á Irlanda á casa de una tia pobre, y Roberto, que era mi abuelo paterno, se quedó solo mandando como un despota. Era de carácter orgulloso y débil, y sin tener ya quien se opusiera á sus caprichos, fué creciendo bajo la frágil tutela de un preceptor condescendiente, de modo que sus menores deseos eran leyes. Jaime, por su parte, comenzó en su nueva familia y en el colegio el aprendizaje de la vida. Habíase calmado algo su violencia y enternecióse por influjo de un profundo afecto su ulcerado corazón. Amaba tiernamente á una prima suya, que lo había recibido como una hermana y suavizándole la amargura del destierro ¡Ah! si algun día pudiera ser digno de Emilia, adquiriendo una fortuna para hacerla rica, perdonaría á Roberto el haberlo echado de la casa paterna. Esta ilusión de su adolescencia se hizo la idea fija de su juventud. A su salida de la universidad pidió y obtuvo el permiso de su padre para entrar á servir en la compañía de las Indias. Este primer paso podía llevarlo lejos, porque destinados los oficiales de la compañía á desempeñar importantes cargos, aun en la carrera civil, veían presentarse á su vista ilimitados horizontes de honores y de riquezas. Jaime era en extremo valiente, instruido y enamorado; y la suerte debía favorecerle: á los tres ó cuatro años de estar en Calcuta debía haber hecho fortuna. Marchó lleno de esperanzas; mas al principio aguardábanle duros desengaños, porque el pobre segundón no podía competir con el insolente lujo de los compañeros que eran títulos y que estaban sumamente recomendados. Pero desquitóse al llegar

la guerra de Bengala, porque pocos de aquellos delicados jóvenes querían esponder su vida. Hubo que desempeñar una misión peligrosa, y habiéndose ofrecido Jaime, quedó encargado de ella, cumpliéndola de modo que se granjeó el afecto del gobernador general, lord Clive. Confiósele entonces la organización de parte de la provincia de Bahar, pues en la India no es raro ver á un mero subteniente investido con extraordinarios poderes por el jefe supremo, cuya confianza ha sabido adquirirse.

Arturo continuó su narración en los siguientes términos.

—Las guerras intestinas suscitadas entre diversos soberanos indios, fomentadas por la compañía por miras de interés, dificultaban las comunicaciones, llegando á largos intervalos al interior las noticias de Europa. Por esta razón, á los diez y ocho meses de haber fallecido mi bisabuelo, fué cuando mi tio Jaime supo á la vez la muerte de su padre y el próximo casamiento de su hermano mayor, que se titulaba ya sir Roberto Eglinton. Aplazábase el darle pormenores y esplicaciones para cuando regresara á Inglaterra, lo cual no podía tardar, en vista de tener solicitada licencia. En efecto, hacia mucho tiempo que el organizador del Bahar aguardaba con ansiedad su reemplazo; mas transcurrieron muchos meses antes de poder marchar á Irlanda, donde estaban reconcentrados sus deseos y todos sus afectos. Llegó, por fin, y fué corriendo á la casa hospitalaria donde había pasado la mejor parte de su infancia y de su juventud. Hallóla vacía, silenciosa y cerrada, porque hacia mas de un año que su tia y su prima habían marchado á Inglaterra y estaban viviendo en el condado de Lancaster, donde nació Jaime. Su madre, despues de haber enviado, había sin duda querido tener junto á sí á la hermana, y esta reunion iba á facilitar su proyecto favorito. Omito el hablarle á vd. de los sueños dorados que abreviaron la travesía del canal de San Jorge. Desembarcó y en una hora anduvo las quince millas que median entre Liverpool y Eglinton-Manor. Prohibió á los criados que anunciaran su llegada, porque quería sorprender á la familia reunida en el salon. En medio del estrecho círculo formado alrededor del hogar había una jóven con un niño en brazos, y el padre inclinado hacia ella le disputaba los halagos y caricias de aquel. Al ruido de la puerta, que se abrió de repente, ambos volvieron la cabeza. Jaime se quedó suspenso en el umbral cual si lo hubiera herido un rayo, porque lo comprendió todo. Llegaba demasiado tarde: Emilia era esposa de sir Roberto. Así que aquel se hubo recobrado, se encaminó en derechura hacia su hermano; le puso sus robustas manos sobre los hombros, y amenazándole con su implacable mirada, lo acusó ante Dios y ante los hombres, de haberle quitado su puesto en la tierra; porque no era ya bastante el haberlo privado del afecto de sus padres y expulsándolo de la casa paterna, sino que traídonamente le había arrebatado el corazón de la que él amaba. Habíase hecho el asesino de su honor, quitándole aun mas que la misma vida. Llamólo Cain, fratricida. Maldijo á él, á su desleal compañera y á su descendencia. Antes que su asustado hermano pudiera decir una palabra, se salió dando gracias á Dios por haber ido sin armas. Arrojóse á él la madre; pero la repelió, echándole en cara el ser cómplice en la perfidia de su hijo predilecto. Despues de mas de veinte y cinco años, los testigos de esta horrible escena no podían hablar de ella sin estremecerse, y mi abuelo no hizo la menor alusión á la misma, hasta que lacerado de dolor con la sucesiva pérdida de muchos hijos y de su muger, y conociendo que se acercaba el fin de su vida, encargó con empeño á mi padre, el único de los cuatro hijos que sobrevivía, que no omitiera nada para conseguir el perdón de aquel hermano ofendido y hacer revocar el anatema lanzado contra él y contra su descendencia. Era, sin embargo, mi abuelo menos culpable de lo que al parecer se creyera, porque Jaime, de suyo desconfiado y celoso, no había manifestado á nadie sus proyectos, dejándolos únicamente traslucir á la que miraba como su futura. En un viaje que sir Roberto hizo á Irlanda, vió á Emilia, y enamorado de ella, la pidió para casarse, sin tener sospecha alguna de que era rival de su hermano menor. La jóven, por su parte, ofendida con un prolongado silencio que atribuía á olvido, llegó á ceder á las instancias de los parientes, consintiendo en un enlace deseado por todos, atendidas las circunstancias de intereses y de familia. Sir Roberto le escribió para disculparse, pero Jaime le devolvió la carta sin abrirla, y se marchó aquel mismo día, jurando no volver á poner los pies en Inglaterra, lo cual ejecutó puntualmente. Despues de residir mas de cuarenta años en la India, donde hizo brillante carrera, el general Jaime Eglinton se dió á la vela en Pondichery, y habiendo desembarcado en Marsella, impuso la mayor parte de su fortuna en renta perpétua, y por medio de un escribano compró la finca de Malemort. Mi padre que había escrito muchas cartas á su tio, sin jamás obtener respuesta, informado posteriormente de aquellas circunstancias, resolvió hacer el último esfuerzo para avistarse con él; pero

se estrelló ante la inflexible voluntad del irritable anciano. Ni ruegos ni dinero fueron capaces de resolver al indio Toplak á infringir la consigna de su amo. Ese antiguo cipayo, que el general había traído de Bengala, y la anciana Brígida, que él mismo había encontrado encargada de Malemort, eran las únicas personas de su servidumbre, lo cual no contribuía poco á la mala reputación del castillo; porque, segun aquella gente rústica, la una era hechicera y el otro un mago. Cuando el dueño del castillo, á quien apelidaban el hombre verde, á causa de su tez bronceada con el sol de las Indias, pasaba á todo galope por los arenales, siguiéndole á pie un criado de extraño traje, que ajustaba sus prolongados pasos segun la marcha del fogoso caballo, todo el mundo echaba á correr á cual mas podía, santiguándose para verse libres de los maleficios de Satanás y de sus secuaces. El general, ora ignorase estos supersticiosos terrores, ora sea que los despreciara, no hacia nada para combatirlos. Melancólico y taciturno, ni hacia ni recibía visita alguna. El escribano del pueblo inmediato, de quien mi padre tenia aquellos pormenores, únicamente lo veía una vez al año, á fin de hacerle firmar la certificación de vida indispensable para cobrar sus rentas, y llenada esta formalidad, el encargado de la fé pública era despedido con imperioso gesto.

Comprendí mi padre que seria infructuosa cualquier tentativa para forzar la entrada de aquella fortaleza, pero á los seis meses fué llamado á Malemort como único heredero directo del difunto propietario, y por primera vez se encontró cara á cara con este temido tio. En el severo semblante del cadáver se veían pintadas convulsiones terribles, tan violentas segun su rencorosa fisonomía, que mi padre retrocedió espantado. No obstante, una horrible duda pasó por su imaginación, porque creyó en la posibilidad de un asesinato. Los ojos del difunto perseguían al parecer y denunciaban al asesino, y esta idea preocupó tanto á mi padre, que habló acerca de ella al facultativo. Pero el mas detenido exámen no hizo traslucir vestigio alguno de violencia. Indudablemente el general Eglinton había durante la noche sucumbido á un ataque de apoplejía, sin tener ni aun tiempo para llamar á su fiel indio, que se hallaba acostado junto á la puerta de su habitación. Ni la anciana Brígida ni Toplak habían oído nada, y al entrar ambos al amanecer en el aposento de su amo, se lo hallaron difunto en su cama. El abuso del opio, cuya funesta costumbre de fumarlo á todas horas tenia adquirida el general, y que mientras vivió comunicaba á sus miembros algunos estremecimientos nerviosos, era suficiente para explicar la contracción de su semblante. No hallándose ningun testamento, despues de las debidas formalidades, fué mi padre puesto en posesión del castillo y sus dependencias. Proyectaba hacer en él grandes variaciones y había venido con esta intencion, cuando los deplorables acontecimientos que han dado motivo á este relato, han trastornado todos sus planes y decidido á poner en venta esta finca bajo muy ventajosas condiciones, á fin de hallar pronto comprador. Ahora que de todo está vd. informado, mi querido Daniel, ¿ve con mayor claridad que yo este laberinto?

—Un personaje, aunque secundario, de su drama de usted me preocupa, respóndele, y es ese indio. ¿Qué conducta ha seguido despues del fallecimiento del general?

—Una conducta perfectamente inofensiva. He oído decir que el pobre, que por lo demás tenia el paso clandestino y silencioso, andaba por esta grande y solitaria casa dando vueltas como un alma en pena, ó mas bien como un perro en busca del dueño, que le pega y cuya mano él lame. Segun Brígida, el general no le escatimaba el castigo; mas aun por esto mismo lo sentía el indio, y se pasaba días y noches echado como antes en medio del suelo de cualquiera de los cuartos, donde mi tio había dormido, quien, dicho sea de paso, tenia á la manera de Luis XI, el capricho de no residir dos días seguidos en la misma habitación, sino que ya ocupaba uno ya otro de los treinta cuartos del castillo.

—¿Qué se ha hecho ese hombre y por qué habla usted de él como de cosa pasada?

—Porque hace ocho días se ha muerto de resultas de una caída que dió por la escalera de la torre. Los demás criados no podían verlo y decían que era un impio, que les hacia sortilegios y que segun queria se trasformaba en duende ó en lechuza, y hasta juraban algunos que mas de una vez lo habían visto bajo aquel último disfraz. No extrañaría yo que hubieran tenido la perversa idea de armarle alguna emboscada. Sentía mucho su país nativo, y su idea predominante era el regresar á él, contando para ello con un legado del general, por lo que insistía en que debía haber algun testamento. Mi padre, á fin de reparar este olvido de mi tio, estaba tratando de enviar á Bengala á Toplak, al mismo tiempo que éste cayó enfermo y murió.

—¿Estaba destinado al servicio de la casa, y en particular al de sus hermanos de vd.?

—Nada de eso; apenas lo veían, y creo que nunca



entró en la habitación de ellas. Emma, por otra parte, tenía cierta repugnancia instintiva á ese infeliz porque le encontraba la fisonomía de un jaguar y los espaciosos y flexibles movimientos de la pantera. Mas he hablado en demasía: acaban de dar las doce de la noche, y vd. se debe estar cayendo de sueño.

Efectivamente estaba yo destrozado de cansancio. Arturo me acompañó por medio de un laberinto de largos corredores á donde caía una cáfila de cuartos, que el vengativo Jaime Eglinton había sin duda habitado sucesivamente, y dejándome en la puerta del mio, me dió las buenas noches.

(Se continuará.)

### La viuda de Zhera.

El califa Hakan, de carácter muy caprichoso, extravagante y despota consumado; amaba muchísimo el fausto y la ostentación, poniendo en esta parte su conato principal en hermosear su palacio y ensanchar sus jardines y parques, comprando al efecto los terrenos inmediatos, sin mirarse en lo que pudieran costarle.

Solo una pobre viuda, á pesar de las proposiciones ventajosas de indemnización que le fueron hechas, no quiso enagenar unas tierras, por haberlas recibido en herencia de sus padres. El gobernador del real palacio se incomodó tan extraordinariamente con la obstinación de esta muger, que la despojó violentamente de sus tierras. Llena de amargura y derramando lágrimas se presentó la pobre viuda ante el cadí ó sea juez, que lo era entonces un tal Ibn Baechir. Escuchó éste á la atribulada muger con benevolencia é interés, y aun cuando halló su queja mas que justa, manifestó era negocio de difícil solución, y dudaba mucho que se la haría la justicia que reclamaba; y así marchó la viuda, como es natural, aun mas desconsolada.

Ibn Baechir, que no pudo olvidar un solo momento aquel acto de arbitrariedad ¿qué hizo? Mandó aparejar el siguiente día á un burro, y proveyéndose de un costal, marchó montado á los jardines de palacio, y se encontró justamente con el califa en un hermoso pabellon construido en el terreno mismo que había pertenecido á la viuda. La llegada de Ibn Baechir en aquella disposición llamó mucha la atención de aquel soberano, pero aun mucho mas cuando vió prosternado á sus pies al cadí, que le dijo:

—¡Soberano señor de los fieles! ¿me permitís llevar este costal con tierra de este terreno?

El califa acordó al instante la estraña demanda. Luego que el costal estaba lleno, suplicóle Baechir que le ayudara á cargarle sobre la bestia. Hakan encontró esta petición aun mas sorprendente; sin embargo, picado de la curiosidad y fin que llevaría este hombre, se prestó á ello. Mas el costal pesaba tanto que ni entre ambos pudieron moverle.

—Mucho pesa, mucho, dijo el califa.

—¡Señor! contestó Ibn Baechir con noble audacia, ¿encuentras la carga pesada? y solo compone una mínima parte de la tierra que injustamente arrancaste á la pobre viuda, ¿cómo podrías tú soportarla, cuando el día del último juicio la eche sobre tus hombros el Juez supremo?

Estas graves y elocuentes palabras afectaron al califa íntimamente, alabó la audacia y discreción del cadí, restituyendo á la viuda el terreno con cuantos edificios había mandado construir sobre él.

### Costumbres chinas.

Un distinguido oficial del cuerpo administrativo de la armada que se halla en Whampoa al frente de la carena de *Don Jorge Juan* y que ha hecho una escursión á China, nos escribe lo siguiente:

«A bordo del vapor *Don Jorge Juan* en los diques de Whampoa á 29 de diciembre de 1862.—Según anunciaba á vds. en mi última me fui á Canton, á fines del mes próximo pasado, donde pasé tres días en casa de nuestro cónsul que me había invitado para ello.

La segunda ciudad de China tiene mas de tres millones de habitantes y además un sin número de lanchas que son unas embarcaciones menores que navegan por el río y donde viven los mas pobres, que no escasea la miseria en este pais, por hallarse tan sumamente poblado.

Me llevaron á ver el yamur ó palacio de los Quinientos genios, el de los Suplicios y tormentos y el de algunos mandarines. Cuando tomaron á Canton los ingleses y franceses establecieron un cuartel que llaman de los aliados. Hoy no existe ningun soldado, pues solo había cuatro y se fueron á Hong-Kong. Habrá en la ciudad entre cónsules y comerciantes unos cien europeos. Por supuesto que no hay policía y los mandarines son los que disponen de la vida de los chinos á su antojo, pues les mandan cortar la cabeza cuando les parece.

Los chinos son muy traidores y cara á cara jamás acometen, pero al europeo que se descuida lo asesinan. Hace un mes que cuatro ingleses se fueron de caza por el camino de Pekin y fueron asesinados. Como todos los días hay vapor de Hong-Kong, á las cuarenta y ocho horas vino una cañonera inglesa y averiguó el pueblo donde habían cometido el crimen y á las cuatro horas ya no existía.

Para que puedan vds. formarse una idea de lo cobardes que son, fué tomada la ciudad por dos compañías de soldados franceses, que saquearon de lo lindo; así es que los ingleses, que siempre llegaban tarde á todo, no encontraron nada. Lo que destruyeron de la ciudad no se lo dejan reedificar otra vez á los chinos, que aunque lo tienen por una ignominia no se atreven á tocar una piedra, porque saben que en seguida vendrían unos cuantos buques y acabarían de arrasarla. Así les hacen entender que no necesitan soldados para castigarlos. Por las noches íbamos á los sínones, casas flotantes donde los chinos tienen sus orgías.

Las chinas, de pie pequeño, tienen la cara estucada, de tanto blanquete y colorete. Algunas vinieron á darnos pedazos de naranja pequeña, almendras y dulces. Para dárles las gracias era preciso valerse de la mímica, mezclada con alguna que otra palabra china é inglesa que he podido coger en el tiempo que llevo aquí. También fui á ver los jardines de los mandarines, habiendo uno construido sobre el agua que era muy fantástico y parecido á las descripciones de las *Mil y una noches*. Durante mi estancia se casó un mandarín, y según costumbre, envió en procesion por las calles á casa de la novia los trages, muebles, literas, etc., etc., acompañado de serpientes, dragones vomitando fuego y otra porcion de bichos de carton.

En Hong-Kong se estableció ya la mala francesa por el istmo, y para celebrarla dieron un convite á bordo del vapor *Emperatriz Eugenia*, que hace este servicio, que fué muy concurrido y al cual nos convidaron. Fueron á él todas las ladys de Hong-Kong, y desde las cinco de la tarde hasta las doce de la noche se destaparon 1,200 botellas de Champagne, sin contar los otros vinos.

Segun dicen de Manila, va á haber otra espedicion contra los moros piratas en mayor escala que la de Cotabato, y solo esperan á que estemos nosotros carenados, pues seremos de la partida.»

**Roma.** Un viajero español, que visitó el año pasado de 1848 la capital del orbe cristiano, tomó los siguientes curiosos apuntes.

Tuvo Roma en tiempo de Tiberio 4.800,000 almas.—Ocupa Roma 13 millas cuadradas.—Tiene hoy Roma 160,000 almas, además de 25 á 36,000 forasteros.—Tiene 19 puertas, 13 en uso, 6 tapiadas.—La catedral de San Pedro tiene de largo 373 pies; ancho de la nave principal 82. La cruz 426 alto, 136 de la nave principal; alto del edificio, 468.—La cúpula tiene de circunferencia por la parte de adentro 400, y del techo de la iglesia hasta la cruz de la cúpula 305 escalones. Las estatuas de los doce apóstoles y la del Salvador, que coronan el frente de la iglesia, tienen 15 pies de alto cada una.—La catedral de París es 163 pies mas chica que la de San Pedro en Roma.—La catedral de Londres, es 105 pies mas chica que la de San Pedro en Roma.—El altar mayor de la catedral de San Pedro es de bronce, y pesa 450,600 libras, con 122 pies de alto.—El palacio anejo del Vaticano contiene 4,422 piezas, en 22 patios.—Se emplearon en toda la obra 108 años y 9 meses, durante el reinado de 30 papas, y costó 260,000,000 de rs., sin contar los muchos efectos, materiales y riquezas que en todo aquel tiempo se dieron regalados á la catedral.—En las catacumbas de San Sebastian se hallan sepultados 14 papas, y mas de 170,000 mártires. Hay en Roma casi siempre 35 obispos, 56 cardenales, 2,000 canónigos y monseñores clérigos; 10,000 colegiales seminaristas, frailes y monjas; 5 basílicas patriarcales, 8 basílicas menores, 54 parroquias, 15 colegiatas, 153 iglesias del clero regular, 250 conventos de ambos sexos, y mas de 1,000 oratorios públicos y particulares; 9 hospitales, 2 hospicios, 2 universidades, 2 seminarios, 14 colegios, 70 escuelas de ambos sexos, un colegio de sordo-mudos, 18 escuelas para hombres y mugeres, 7 cuarteles, 6 cárceles, varios cementerios, 775 calles, 148 plazas, 335 palacios, 30 villas ó torres dentro de murallas, 5,500 tiendas, 11 bibliotecas, 8 academias literarias, 6 jardines públicos, 12 teatros, 5 mercados, varios acueductos, entre ellos 3 magníficos, por los que entran en la ciudad cada año 180,530 metros de agua, repartida en 50 grandes fuentes monumentales, 50 pequeñas y mas de 10,000 particulares; se cuentan 6,077 columnas, 8 monumentales, y 15 obeliscos.—Consumo Roma al año, según los registros públicos y sin contar lo que entra por alto, 650,000 barriles de vino, 6,600 de aguardiente, 5,000,000 de libras de aceite, 1,000,000 de libras de cera, 10,000 bueyes, 600 bú-

falos, 5,500 carneros, 60,000 cabritos, 131,240 terneras, 200,000 libras de tabaco torcido y 100,000 en polvo, 21,140 corderos, 16,400 cerdos. medio millon de libras de jamones, salchichon, morcillas y butifarras, 3,000,000 de pescados de mar, rios y lagunas; 600,000 libras de bacalao, 114,000 libras de queso, 50,000 libras de queso curado, 3,000,000 de libras de sal, 217,350 grandes carros de carbon, tirados por bueyes, medio millon de carros de leña. Ruedan en Roma mas de 2,000 coches públicos y particulares, 10,000 caballos 240,000 carros de yerba seca, 720,000 fanegas de cebada, 55,000,000 de libras de trigo, 1,000,000 de libras de azúcar y dulces secos y en almibar, y 209,000 libras de arroz.—Alumbran la ciudad 1,500 faroles.

**Anécdota.** Hé aquí una anécdota que pasó en París. Una jóven cantatriz italiana que hacia mucho tiempo solicitaba en vano un ajuste, se hallaba en París rehusada por Mr. Roqueplan, Mr. Lumley y Mr. Ronconi, directores de los teatros, cuando el director de uno de los principales teatros de Italia se presentó á proponerle una muy bella contrata. Ofrecióle 20,000 francos de sueldo y 60 mas de regalo por representación.

La jóven artista creyó que se burlaba.

—Nada mas positivo, le dijo el director, y una prueba es que ahí teneis la contrata en papel timbrado, y la otra prueba es que fijo 50,000 francos que deberá pagar al otro el primero que se desdiga.

—Enorme es en efecto la cifra, dijo la cantatriz, pero á fé mia, tanto mejor; no seré yo la que quiera romper la contrata.

La cantatriz firmó.

Ocho dias despues supo que por circunstancias imprevistas se encontraba heredera de una fortuna de 2,000,000. Entonces comprendió el afán y precipitación del director en firmar el contrato y la suma tasada para el que faltara á su obligacion.

—Ha sido presentado para su aprobacion el cuadro de la marcha de trenes que ha de establecerse en la linea de Zaragoza. Se abrirá al mismo tiempo que la linea general una estacion para el real sitio de San Fernando, cuyo establecimiento hace tiempo estaba pendiente de resolusion. Habrá dos trenes: el 1.º saldrá de esta corte á las ocho y treinta minutos de la mañana y llegará á Zaragoza á las seis y cinco minutos de la tarde, y el segundo á las ocho y cuarenta y cinco minutos de la noche, y llegará á las ocho y cuarenta minutos de la mañana.

Es la mejor contestacion que puede dar la compañía del ferro-carril á Zaragoza á los que la tachan de morosa.

**Revista comercial.** En los primeros dias de la última semana se notó en Santander muy buena animacion en las operaciones, aunque luego decayó, debido sin duda á razones especiales.

Las harinas de primera buena, han obtenido el precio de 16 1/4 á 17 rs. arroba, habiéndose vendido sobre 90,000 arrobas. Las clases de marcas selectas, han conseguido de 17 1/4 á 17 1/2 rs. arroba, precio á nuestro parecer bastante subido, si bien las partidas son de 10 á 20,000 arrobas. Las segundas están firmes de 15 1/4 á 16; las terceras á 14 y las cuartas á 11.

Se han hecho algunas operaciones en azúcar al precio comun de 39 1/2 á 40 rs. arroba.

No ha habido entradas ni ventas de cacaos de Caracas, sobre todo de las clases superiores.

En arroz, jabon y otros artículos no se ha verificado ninguna operacion importante.

En Sevilla la tenacidad de la sequía comienza á alarmar á los labradores, por lo cual el cuerpo municipal ha invitado á la autoridad eclesiástica para que se hiciesen rogativas.

Bajo la presión de tales circunstancias, el mercado de cereales ofrece una alza muy notable en los precios del comercio y en los del consumo.

En aceites tambien se nota subida, aunque lentamente.

En Jerez se han hecho algunas transacciones, vendiéndose el trigo navegado de 66 á 67 rs., y el de mejor clase de 69 á 72.

### BOLSA DE MADRID.

Cotizacion oficial del 29 de abril.

#### FONDOS PUBLICOS.

Títulos del 3 por 100 consolidado, 52-25.  
Idem diferido, 48-30.  
Deuda amortizable de primera clase, 58-25.  
Idem de segunda, id, 24-20.  
Idem del personal, 23-95.

#### CAMBIOS.

Londres á noventa dias fecha, 50-15.  
Paris á ocho dias vista, 5-24.

EDITOR RESPONSABLE, D. JOAQUIN BERNAT.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,

A CARGO DE D. JOAQUIN BERNAT,

Costanilla de Santa Teresa, núm. 3.—Madrid.—1863.



# MUSEO DE LAS FAMILIAS.

PERIÓDICO MENSUAL PINTORESCO.

El **Museo** abraza en su inmenso programa todos los ramos del saber humano, y en la redaccion toman parte, los principales literatos de España, de modo que la coleccion del periódico forma un album, donde se encuentran las firmas de todos los que han ilustrado con su pluma nuestra patria en la época presente.

Los números del **Museo** se reparten del 25 al 30 de cada mes encuadrados con una cubierta de papel

de color, en la que se inserta: una crónica de París, escrita espresamente para este periódico; una revista de modas y una de teatros y noticias literarias y artísticas, de manera que bien se puede decir que las cubiertas son en realidad otro periódico.

Aunque el **Museo** cuenta veinte años de existencia y ha entrado en el veinte y uno, y la coleccion completa consta de tantos volúmenes como años, con-

viene advertir que cada volumen se vende por separado y es una obra independiente, sin mas ligazon entre sí que el título y la analogía de materias.

El precio de suscripcion es 30 rs. al año en Madrid y 36 en provincia, si se hace el pedido directamente acompañando letra del importe, ó 40 por conducto de los corresponsales. Los tomos sueltos se venden al mismo precio.

Se ha repartido el número cuarto del tomo veinte y uno, correspondiente al mes de abril que contiene los siguientes

## ARTICULOS.

ESCENAS RELIGIOSAS.—La primera comunión.—GLORIAS DE ESPAÑA.—Eudon, duque de Aquitania, por don Francisco Fernandez Villabril.—LA MUGER EN TODOS LOS PAISES (conclusion), por A. P.—LA MADRE JUANA.—SILVAS Y PACHECOS 6 LOS BANDOS DE MURCIA (continuacion), por el conde de Fabraquer.—PROVINS, departamento del Sena.—DE LA SIMBOLICA MITOLOGICA y con especialidad de la de

las flores, por don Salvador Costanzo.—UNA EVASION MILAGROSA.—RAMILLETES DE ALFONSO KARR.—Segundo ramillete para la juventud.

## GRABADOS.

ESCENAS RELIGIOSAS.—La primera comunión.—LA MADRE JUANA.—La madre Juana cuenta su historia á los campesinos.—PROVINS.—Vista general de Provins.—Vista del castillo de Provins.

## EL ASNO DEL SEÑOR MARTIN.

Linda novela, escrita en francés por **PAUL DE KOCK**, y traducida al español por don Manuel Garcia Gonzalez. Un bonito tomo en 12.º, de buen papel y esmerada impresion, acompañado de una preciosa lámina grabada en acero. Precio: 12 rs. en Madrid y 14 en provincias, franco de porte.

Esta novela, la última que ha salido de la fecunda y picante pluma del célebre novelista, constituye una serie de cuadros tomados *d'après nature*, en los que el ingenioso y festivo Paul de Kock traza con mano maestra los hábitos, usos y costumbres de una ciudad de provincia, censurando sus preocupaciones y poniendo en ridículo las impertinentes pretensiones de sus habitantes. En cuanto al interés que en sí encierra, baste decir que, una vez empezada la obra no se puede dejar de la mano sin haberla concluido.

Se halla de venta en la librería estrangera y nacional de don Carlos Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe don Alfonso (antes de Santa Ana), número 8. En provin-

cias se puede adquirir esta obra: 1.º Remitiendo en carta franca al señor Bailly-Bailliere, plaza del Príncipe don Alfonso, núm. 8, Madrid, su importe, en libranzas de la Tesorería central, Giro mútuo de Uhagon, ó en el último caso, sellos de franqueo.—También la facilitarán las principales librerías del reino, ó los corresponsales de empresas literarias y de periódicos políticos.

## COMPRA

DE TODA CLASE DE PAPEL NEGOCIABLE.

Se compran suscripciones en las compañías de seguros sobre la vida, y con prima comanditas de la casa de banca de los señores Uhagones y compañía, cupones de la Tutelar; y á los mas altos precios papel del Estado. Dirigirse á don A. Franco Pardo, calle de Esparteros, núm. 1, en Madrid.

# AYER, HOY Y MAÑANA.

CUADROS SOCIALES

## DE 1800, 1850 Y 1899,

POR

## DON ANTONIO FLORES.

Esta obra, cuya publicacion se suspendió en 1853, sale de nuevo á luz, corregida y considerablemente aumentada la parte primera, de la cual en aquella época se agotaron dos numerosas ediciones, y se continuará sin interrupcion hasta su conclusion.

SE HAN PUBLICADO LOS TOMOS 1.º Y 2.º QUE COMPRENDEN LOS CUADROS SIGUIENTES:

TOMO PRIMERO. Dos palabras de buena crianza, ó nadie pase sin permiso del portero.—La gacetilla de la capital en 1800.—Las gradas de San Felipe el Real.—A pares como los frailes.—Una madrugada en 1800.—El corral de las comedias.—La botillería de Canosa.—Una visita, un visitero y un visiton.—Un visiton.—Pasatiempos honestos.—Juegos de prendas.—Las prendas del juego.—El duelo se despide en la casa mortuoria.—El siglo de los faroles.—La ronda de pan y huevo.—Un convento de frailes.—La sopa boba.—El derecho electoral en 1800.—A capítulo van los frailes.—Un capítulo general.—El pecado mortal.—Un viaje en 1800.—Las vísperas de un viaje.—La primera jornada.—La ciencia de la aldea.—La fiesta del santo.

TOMO SEGUNDO. Las carreras en 1800.—La letra con sangre entra.—La carrera de mayorazgo.—Los pollos de 1800.—La milicia de Dios, la milicia del Rey y la milicia del Diablo.—Un domine de ayer.—Lógicos, metafísicos, y físicos éticos, ó los filósofos de 1800.—El estudiante de Alcalá.—Un misacanto.—Un monjío.—Una bandolera.—La privanza en 1800.—Un hombre de estado en bruto.—Las covachuelas reales.—El casero de antaño.—La beata Clara.—Casa, agua, leña, médico, cirujano, botica y guantes.—El calendario de los reposteros ó las festividades de los platos de leche.—El Santo Oficio no es oficio santo.—Los trapitos de cristianar.—Los cuarteles de la sangre azul, ó la España en cuarterones.—La oratoria del pulmon, ó el púlpito en 1800.—El erudito, el literato y la marisabidilla.—Bandera española.—Pan y toros.—Fandango y broma y arda la casa toda.—Al amor de la lumbre.—Manolos y chisperos, ó el Lavapies y el Barquillo.—Los gritos de Madrid.—El testamento de AYER.—El codicilo.

Toda la obra constará de seis tomos en 8.º de mas de 300 páginas cada uno. Precio 10 reales tomo en Madrid y 12 en provincia.

ESTA EN PRENSA EL TOMO TERCERO.

Se suscribe y se hallan de venta las obras en Madrid en el Establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en la librería de Durán, Carrera de San Gerónimo; en la de Bayll-Bailliere, plaza del Príncipe Alfonso, núm. 8; en las de Cuesta, Moya y Plaza, Sanchez, Viana, y Villaverde, calle de Carretas; en la de Lopez, calle del Carmen; en la de Olamendi, calle de Pontejos; en la Americana, calle del Príncipe; en la de Guijarro, calle de de Preciados; en la Publicidad, Pasage de Matheu, y en la de Hernando, calle del Arenal. En provincias por conducto de los corresponsales ó enviando letra del importe.

Ayuntamiento de Madrid